

El entorno femenino en el Rey del despacho

Fernando Suárez Bilbao

La personalidad de Felipe II ha sido muy controvertida, presentado muchas veces como un hombre taciturno e incluso cruel, pero un reinado tan largo da lugar a muchos condicionantes y contradicciones, y por consiguiente a varios cambios en la personalidad del Rey. Felipe fue el campeón del Catolicismo, y sin embargo ningún papa de su tiempo le apoyó en sus campañas; ayudó a la hija de Ana Bolena a afianzarse en el trono inglés, aconsejándole en sus comienzos de la importancia de afianzarse en el mar; lo que a la postre sería uno de sus mayores fracasos. Fue padre amantísimo, tal y como se muestra en las cartas a sus hijas que rezuman ternura familiar, y fue también quien arrestó personalmente a su hijo y lo dejó morir en su encierro. Fue quien consumó el sueño de su abuela materna, la unión con Portugal, consiguiendo la anhelada unidad peninsular, y al mismo tiempo provocó con su política en Flandes el inicio de la gran crisis de la Monarquía española, al optar por la represión que finalmente fracasó y condujo a la pérdida de los primeros dominios de la Corona ¹.

Una personalidad intensa forjada desde el comienzo por la influencia femenina, que le hizo tomar importantes decisiones que tuvieron una gran trascendencia en la historia de la Monarquía española.

¹ M. Fernández Álvarez, “Felipe II: el Rey y el hombre”, en *La Monarquía de Felipe II*, Madrid 2003, pp. 11-31, en concreto p. 12.

Isabel Emperatriz

Porque sé el placer y alegría que dello habréis, os hago saber que ha placido a Nuestro Señor de alumbrar a la Emperatriz y Reina, mi muy cara e muy amada muger... Parió hoy martes, veynte y uno del presente un hijo...

El 21 de mayo de 1527 nació en Valladolid un príncipe que recibió el nombre de Felipe; allí había llegado la emperatriz el 22 de febrero desde Granada, acompañada por un gran séquito², tan solemne que más parecía un cortejo fúnebre que el propio de una joven embarazada del heredero de un Imperio³. Y se instaló en la casa-palacio de Pimentel, contigua a la iglesia de San Pablo.

La primera mujer que influyó en la personalidad de Felipe II fue su madre Isabel⁴. Isabel constituía para su hijo el ideal de mujer del Renacimiento, discreta y refinada, de una elegante delgadez que Felipe contrapuso después a sus otras experiencias femeninas. Isabel fue determinante en la elección de los preceptores del príncipe y por tanto en la formación del futuro rey.

Cuando murió Isabel, en mayo de 1539, Felipe aún no había cumplido los 12 años, todavía era un muchacho, pero lo suficientemente mayor como para haberse formado un modelo no sólo en lo que se refiere a la condición femenina, sino sobre todo en lo que se convertiría en una de las características de la personalidad de Felipe: un extremado sentido de la dignidad real⁵. Ni siquiera en los partos dejaba Isabel que se la pudiera ver perder la compostura, por lo que no permitía que nadie la observase. Felipe, ni en los momentos más trágicos de su reinado, se permitió mostrar sus sentimientos, y menos aún que éstos determinaran sus actos.

² El embajador polaco Dantisco da testimonio del acontecimiento (A. Fontán y Jerzy Axer, *Espanoles y polacos en la Corte de Carlos V*, Madrid 1994, p. 196): “Llegó aquí la señora Emperatriz a 22 del pasado mes de febrero, conducida desde Granada hasta aquí en una litera, siempre a hombros de 24 hombres”.

³ M. Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo*, Madrid 1998, p. 621.

⁴ Véase F. Labrador Arroyo, “La Emperatriz Isabel de Portugal, mujer de Carlos V: Casa real y facciones cortesanas (1526-1539)”, en *Portuguese Studies Review* 13 (1-2), (Ontario 2005), pp. 135-171.

⁵ M. Fernández Álvarez, “Felipe II: el Rey y el hombre...”, p. 14.

María de Portugal. La extrema juventud

Siempre por conveniencias políticas, pero también obligado por el alto cargo al que por herencia estaba destinado, Felipe II intentó en sus sucesivos matrimonios asegurar ante todo la continuidad dinástica del reino. Llegada una edad considerada en la época como ideal, su padre, Carlos V, no perdió oportunidad de utilizar, como sus antepasados, la política matrimonial como un instrumento de la política internacional.

La primera propuesta, ya en 1537, vino de los antiguos reyes de Navarra, Enrique Albret y Margarita de Valois, hermana de Francisco I; tenían una hija, Juana de Albret, y la propuesta de matrimonio tenía la ventaja de incorporar la Navarra francesa a los dominios de España y cerrar las heridas de la incorporación de Navarra en 1512, al convertirse Juana en reina de Navarra al ser reina de España. Pero Francisco I hizo fracasar la propuesta obligando a su sobrina a contraer matrimonio con el duque de Cleves en 1541.

En 1542 el emperador, exhausto por las largas guerras con Francia, forjó el proyecto de casar a Felipe con Margarita de Valois, hija de Francisco I, y a María, hermana de Felipe y un año más joven que él, casarla con el duque de Orleáns, llevando en dote los Países Bajos. Pensaba así asegurar la paz entre las dos coronas. El secretario del emperador, Alonso de Idiáquez, trasladó a Felipe la propuesta⁶. Pero Felipe se opuso a tales planes de matrimonio con *madama* Margarita⁷. Un joven de 15 años tomaba una decisión trascendental, detrás estaba, sin duda, Fernando Álvarez de Toledo, el Gran Duque de Alba, que se había convertido en un miembro destacado del Consejo de Regencia para España⁸ y Francisco de Cobos, el famoso secretario del Consejo de Estado le hizo entender que sería un gran error entregar a Francia un enclave tan estratégico como aquel en el conjunto de Europa. Suponía renunciar al papel de árbitro europeo de España y recluirse en el sur.

Felipe le propuso a su padre un viejo proyecto matrimonial de éste, en 1541, tras el fracaso de la unión con los Albret, se había barajado esa posibilidad, la unión con la princesa María de Portugal, pese a los estrechos lazos consanguíneos que

⁶ S. Nadal, *Las cuatro mujeres de Felipe II*, Barcelona 1971, p. 21.

⁷ Así era conocida Margarita de Valois en la corte española. *Ibidem*, p. 22.

⁸ W.S. Maltby, *El Gran Duque de Alba*, Madrid 2007, p. 110.

los unían. María era hija de Juan III –hermano de la madre del novio, la emperatriz Isabel– y de la reina Catalina, hermana de Carlos V, y por tanto prima suya por partida doble.

Razones de índole política y sentimental pesaron en aquella elección. En primer lugar, Felipe era un lusitanista de convicción, su manifiesta tendencia a lograr la unidad peninsular tuvo la brillante coronación de la anexión de aquel reino en 1580. Pero, además, parece que los retratos que había visto de su joven prima y la fama de bella, amable y religiosa de que gozaba en la familia habían fortalecido la idea de unirse a ella en matrimonio⁹. Carlos aprobó la elección de su hijo. Al fin y al cabo, la novia era rica –la casa de Avis poseía inmensos dominios y no invertía un céntimo en luchas continentales, contrariamente a lo que pasaba en la casa de los Habsburgo– y los matrimonios portugueses eran una tradición enraizada en la familia real desde los tiempos de Isabel la Católica.

En 1542 se iniciaron las conversaciones encargadas al embajador Luis Sarmiento de Mendoza, quien tuvo que buscar el apoyo de la reina Catalina, pues Juan III, temeroso del futuro de las rentas de la casa de Avis, buscó la posibilidad de casarla con su tío Luis. Superadas las dificultades por la autoridad de la reina –y es que incluso fuera de la corte la influencia femenina en el futuro del Rey Prudente fue muy importante–, se comprometió formalmente el 1 de diciembre de aquel mismo año, acuerdo ratificado el 13 de enero de 1543. Ambos tenían tan sólo 16 años.

Felipe estaba preocupado de todos los detalles referentes a su novia, incluido su aspecto físico. Como le informaron que la princesa engordaba mucho, mandó escribir al embajador y Sarmiento le contestó en escrito de 25 de julio de 1542 señalando que:

La señora infanta es tan alta y más que su madre; más gorda que flaca y no de manera que no le esté muy bien; cuando era muchacha era más gorda; en palacio, donde hay damas de buenos gestos, ninguna está mejor que ella¹⁰.

Para Fernández Álvarez sería un aspecto fundamental el de la belleza física de la princesa en la relación posterior de los esposos e incluso influiría, según este

⁹ S. Nadal, *Las cuatro mujeres de Felipe II...*, p. 22

¹⁰ M. Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo...*, p. 680. Destaca el problema del físico de la princesa María Manuela, hija de Catalina de Austria, de cuya notoria obesidad dejaría constancia de forma incluso cruel el pincel de Antonio Moro.

autor, en las relaciones con el único hijo de este matrimonio, el infortunado don Carlos ¹¹.

Finalizados todos los preparativos y obtenida la dispensa papal necesaria por el doble parentesco que unía a los novios, se celebró la boda, por poderes, el domingo 12 de mayo. La solemne ceremonia tuvo lugar en el palacio del embajador español en Almeirim, residencia veraniega de la corte, a la que asistieron los reyes y un séquito brillante y numeroso. Oficiada por el cardenal-infante don Enrique, tío de la novia, ejerció funciones de apoderado del novio el embajador Sarmiento de Mendoza. Una vez concluido el acto tuvo lugar el besamanos de la nueva princesa de Asturias, al que siguió un alegre baile que se prolongó hasta medianoche.

La partida de la princesa

Por encargo real, don Alonso de Guzmán, duque de Medina Sidonia, fue designado como responsable de trasladarse hasta Badajoz, al límite de la frontera con Portugal, para recibir a la joven consorte y custodiarla hasta Salamanca, lugar de reunión con su ya esposo. Tal petición no significaba tan sólo una gran honra, sino también un cuantioso dispendio, ya que todos los gastos del desplazamiento corrían por cuenta del personaje a quien se delegaba la misión.

En contrapartida, le permitía mostrar a todos cuantos tuviesen la oportunidad de ver la comitiva, la grandeza y opulencia de su Casa. Al igual que él, también recibió el mismo aviso don Juan Martínez Guijeño, obispo de Cartagena y antiguo preceptor del príncipe. En la mañana del 5 de octubre de aquel año el deslumbrante cortejo de Medina Sidonia salió de Sevilla al son de las trompetas. Fue un desfile interminable, pero no por ello menos rico y magnífico, formado por nada menos que 3.000 personas, 40 caballos y 400 mulos. El duque, su hijo primogénito, conde de Niebla, y su hermano, el conde de Olivares, además de otros parientes y amigos de la familia ducal y un amplio número de sacerdotes, escribanos, lacayos, palafreneros, cocineros, hombres de armas, criados de toda suerte y expertos en diversiones de toda condición, se encaminaron hacia la capital extremeña.

¹¹ F. Alonso Fernández, "Breve autopsia psiquiátrica de Felipe II", en *Torre de los Lujanes* 35 (Madrid 1998), pp. 53 y ss.

Dos veces al día, cuarenta caballeros disfrutaban del honor de sentarse en la mesa del duque, ágape en el que la vajilla no era la misma para el almuerzo que para la cena. Mientras los señores comían, incansables criados a las órdenes del aposentador eran los encargados de levantar tiendas o transformar ruinosas habitaciones, colgar tapices, extender alfombras, preparar lechos y encender braseros en los lugares escogidos como lugar de jornada para, al día siguiente, recogerlo todo de nuevo, cargarlo en los carromatos dispuestos al efecto y reemprender la ruta camino de la frontera. Finalmente, la espléndida comitiva ducal hizo su solemne entrada en Badajoz y se encaminó al palacio que el propio duque poseía en la capital extremeña, adornado tal y como la ocasión lo merecía.

Don Alonso, que ya se había extrañado de no encontrar al obispo en Almorchón, poco antes de Badajoz, según lo convenido, tuvo un gran sobresalto al saber que la princesa y sus acompañantes —el duque de Braganza y el arzobispo de Lisboa— estaban ya en Elvas, la villa fronteriza, esperando la llegada de los españoles. A ello se añadió la inquietud por la ausencia del prelado y la insistencia de los portugueses, quienes por dos veces enviaron una embajada preguntando si podían comenzar las negociaciones relativas a los pormenores de la entrega. Un cronista de la época relata el percance que había ocasionado el retraso del antiguo preceptor del príncipe: los mulos que conducían la litera en la cual viajaba para descansar del largo viaje le habían arrojado a un riachuelo dejándolo empapado y causándole un fuerte resfriado por el que tuvo que guardar cama en un convento de dominicos de Cantalapiedra.

Entrega de la joven esposa

Mientras Medina Sidonia se desesperaba, los jefes del cortejo portugués se mostraban también inquietos. El duque de Braganza y el arzobispo de Lisboa consideraron un insulto a su nación portuguesa la inexplicable espera. El eclesiástico, sobre todo, pugnó porque se concediese a los españoles, a manera de ultimátum, un breve plazo de tiempo para proceder al cambio. El duque, con más flema o menos expeditivo, fue postergando día a día la aplicación de medidas tajantes.

Entre tanto, los componentes de los dos séquitos se afanaron por pasarlo lo mejor posible durante aquella sorprendente espera e implicaron en sus diversiones

a los tranquilos habitantes de Badajoz, Elvas y pueblos vecinos. Los españoles, en efecto, se entretuvieron con la celebración de torneos, luchas, cabalgatas y saraos, a los que acudían curiosos los cercanos habitantes portugueses. A su vez, movidos por la curiosidad, se decantaron por atravesar la frontera, embozados, para ver a la princesa y a sus damas de honor. La propia María no se aburría: charlaba con sus acompañantes, entre las cuales figuraban cuatro españolas que la instruían en el castellano, daba paseos por los alrededores o se probaba presumidamente los múltiples trajes de su equipaje.

Finalmente llegó a Badajoz Juan Martínez Guijeño, repuesto de su catarro, y con su llegada empezó el problema de los piques de etiqueta, tan frecuentes en aquella época. Su importancia fue tal que estuvieron a punto de echarlo todo a perder. Llegó a decirse que los portugueses se volvían a su corte para casar a la princesa con su tío don Luis y que por tanto entre España y Portugal se creaba una peligrosa tensión. Sin embargo, finalmente se llegó a un acuerdo y con los pormenores escrupulosamente acordados se fijó día y hora para la solemne entrega de la princesa: el 23 de octubre a las nueve de la mañana, momento en que los enviados españoles pudieron ver por primera vez a la que estaba destinada a ser su reina. De su agraciado rostro y gentiles maneras fue unánime el testimonio de cronistas e historiadores.

Se procedió, pues, al acto con todo el protocolo e intercambio de frases acorde a tan ceremonioso acto. Así, tras besar las riendas del caballo de la princesa, el duque de Braganza las rindió al de Medina Sidonia, con cuyo gesto quedó hecho el paso de María a su nueva patria. En aquel instante sonaron trompetas y tambores, al mismo tiempo que el pueblo portugués daba rienda suelta a una gran euforia.

Tras bajar María de su caballo, se acomodó en una litera lujosamente adornada y la grandiosa comitiva, reforzada por un séquito en el que destacaban catorce damas ricamente vestidas y ataviadas, se puso en movimiento camino de Badajoz, ciudad en la que se detuvo durante un breve espacio de tiempo. Emprendieron posteriormente nueva marcha, con Salamanca como destino. El empeño de casi todos los pueblos del trayecto por festejar a la ilustre viajera hizo muy duradero el viaje. En su impaciencia incluso el propio Felipe salió a principios de noviembre a presenciar en secreto el viaje de la princesa acompañado de una pequeña escolta y, gracias a una estratagema urdida entre el duque de Alba y el embajador Sarmiento, consiguió verla a lomos de una mula en su paso por Aldeanueva. El cronista Sandoval, por su parte, dejó escrito que un

día en un alto del camino y aprovechando la vieja costumbre de los reyes de comer en público, don Felipe anduvo mezclado entre la multitud de curiosos que en un pueblo del trayecto estaban contemplando el almuerzo de la joven dama. El lunes 12 de noviembre la princesa hizo una entrada ceremonial en Salamanca y, en medio de un estruendoso repique de campanas, la Universidad, el obispo, el cabildo, las autoridades, innumerables cortesanos y gran agolpamiento de público salieron a recibirla al otro extremo del puente romano, admirando su gentil figura.

Celebración del matrimonio

Así como el cortejo organizado por Medina Sidonia había sido fastuoso, las bodas, concertadas para el día siguiente, resultaron más bien modestas, ya que del dispendio económico era responsable el emperador, quien —como siempre— andaba más bien justo de fondos. A tal fin, el duque de Alba recibió el encargo de prepararlo todo con el menor gasto posible. Alquiló al efecto dos casas contiguas destinadas a la ceremonia y festejos y desde los Reales Sitios se trasladaron los indispensables tapices, alfombras, cortinas, braseros y almohadones capaces de transformar en regias estancias los más sencillos locales. A este improvisado palacio se dirigió la princesa la noche de su llegada a Salamanca, mientras que Felipe, alojado discretamente en un monasterio, lo hizo el mismo día del enlace. Con el duque de Alba como maestro de ceremonias dio inicio en primer lugar y a la caída de la tarde el habitual besamanos al que siguió el banquete de bodas amenizado con música, danzas y recitaciones.

Finalizado el ágape y pasada ya la medianoche, los regios esposos se dirigieron con todo el séquito a la capilla de la casa, lugar en el que el arzobispo de Toledo celebró la misa de velaciones y dio la bendición. En un gran salón improvisado tuvo lugar el consabido baile y, una vez concluido, Felipe y María se retiraron a sus habitaciones privadas. Por orden expresa de Carlos V, quien incluso en la distancia no dejó al azar ni tan siquiera un tema tan delicado como la vida íntima de su hijo, don Juan de Zúñiga, otro antiguo preceptor del príncipe, se vio obligado al cabo de poco rato a entrar en el dormitorio e indicar a los nuevos cónyuges la necesidad de descansar en diferentes lechos. No en vano ambos eran escandalosamente jóvenes para la época.

Al día siguiente prosiguieron las fiestas con las que Salamanca celebró las bodas. Durante una semana se sucedieron torneos, danzas, corridas de toros, carreras, juegos de cañas, cabalgadas y fuegos artificiales, amén de las solemnidades religiosas. Días después la pareja real con su séquito emprendió el camino a Valladolid, ciudad de obligada morada entonces para el príncipe regente y su esposa y uno de sus lugares favoritos. Hicieron una parada de cortesía en Tordesillas para visitar a la reina Juana, abuela de ambos contrayentes, recluida desde hacía largo tiempo por demencia.

Vida conyugal efímera

Los príncipes recién casados hicieron de las casas propiedad de Francisco de los Cobos, situadas frente al palacio donde había nacido Felipe, su lugar de residencia. Las relaciones y otros documentos del momento –especialmente las cartas dirigidas por su madre, la reina Catalina, al embajador Sarmiento, a don Alejo Meneses, mayordomo mayor, y a doña Margarita de Mendoza, su camarera mayor–, permiten reconstruir el hacer de la consorte, en quien siempre destacó su buen carácter, generosidad y devoción religiosa. De gran valor resultan también los consejos que, por escrito, Catalina dio a su propia hija en el momento de su partida hacia España. No perdió ocasión de rogarle un acatamiento a los deseos de su suegro y de su esposo, no mostrar jamás indicio alguno de celos y hacer gala de una fama intachable basada en la virtud y la honestidad.

Pese a su juventud, parece ser que la idea del matrimonio fue del agrado de Felipe y que se preocupó sinceramente por el bienestar de su consorte, escogida por él no sólo mirando las conveniencias políticas y por las noticias que tenía sobre sus virtudes y personalidad, sino atraído indudablemente también por la seductora fama de su belleza. Con el tiempo, y debido a que interesaba ya que la princesa diese un heredero a la Corona, la corte favoreció el hecho de que pasasen mucho tiempo juntos, y esa constancia dio como fruto el embarazo en septiembre de 1544 de quien había de ser el tristemente famoso don Carlos.

Don Felipe, entre tanto, se entregó a sus deberes de regente del reino. No obstante, y aunque poco se sabe de la vida de los noveles esposos, lo evidente es que no todo marchaba tan perfectamente como era de desear. Cabe recordar que por entonces él no tenía más que 17 años y resulta cuanto menos sorprendente

que a su edad prestase tan gran atención y seriedad a su misión de gobernante y a sus deberes de esposo. La juventud que corría por sus venas llamaba a otro tipo de diversiones y Felipe se las concedió en forma de fiestas, salidas nocturnas y algún que otro desvarío.

El 8 de julio de 1545, doña María dio a luz a un niño en su residencia de Valladolid, pero el pequeño trajo consigo una desgracia: cuatro días después de su venida al mundo, la princesa de Asturias moría. El difícil y largo alumbramiento, unido al erróneo diagnóstico postparto de los médicos de la época, la llevó al lecho de muerte antes de una hora. La muerte de María Manuela dejaba una criatura desvalida, un heredero para la Monarquía que pasó a la historia por su salud enfermiza, sus excesos y especialmente por su traición.

Por entonces, es posible que hubiera aparecido en el horizonte Isabel de Osorio, dama de doña Juana de Austria, que se convertiría en la primera amante conocida del príncipe Felipe, quien seguramente le acompañaría en el viaje que realizó a Alemania y Países Bajos en 1548¹². Debió ser una de las pocas mujeres de las que verdaderamente estuvo enamorado. La castellana Isabel de Osorio, señora de Saldañuela, poseía una soberbia belleza que atrajo a Felipe hasta tal punto que en aquel palacio de tanto sabor renacentista, como señalaba Marañón, aún se respira aquel gran amor.

María Tudor. Reina en la distancia

Nueve años (julio de 1545-julio 1554) permaneció viudo el príncipe Felipe. Perdió a su primera mujer recién cumplidos los 18 años y se casó por segunda vez a los 27. En el verano de 1553, la muerte del joven rey de Inglaterra, Eduardo VI, y la proclamación de su hermanastra María, hija de Catalina de Aragón –la primera esposa de Enrique VIII e hija a su vez de los Reyes Católicos– abrió un amplio campo de esperanzas a los católicos, al Pontífice romano y especialmente a Carlos V, primo carnal, antiguo prometido y aliado muy querido de la nueva soberana inglesa.

¹² M. Fernández Álvarez, “Felipe II: el Rey y el hombre...”, pp. 15 y 23. Fue entonces cuando el príncipe se aficionó a la obra del maestro Tiziano y se le antoja a este autor que tal vez en la “Danae recibiendo la lluvia de oro”, esta dama Isabel de Osorio sería la imagen mitológica en un desnudo del natural.

Como consecuencia de la situación creada entonces, María, mujer católica, voluntariosa y tenaz como su madre, podía lograr que terminase el cisma religioso provocado por su padre y que su reino volviese a la obediencia romana. Carlos V, defensor del catolicismo tradicional y temeroso de que Inglaterra acabase influida y dominada ideológicamente por sus enemigos protestantes, decidió intervenir a favor de la incipiente reina. Le prestó una importante cantidad de dinero para ayudar a resolver las confabulaciones de algunos miembros del Gobierno y le ofreció la mano de su hijo Felipe, quien acababa de renunciar a una segunda boda portuguesa, precisamente con María de Avis, tía de su primera esposa, por no estar de acuerdo con la cuantía de la dote.

Felipe era 11 años más joven y no sentía mucho entusiasmo por unirse con aquella mujer diminuta, pelirroja, de áspera voz y piel arrugada, sin cejas ni pestañas y llena de complejos a causa de la difícil situación de su madre en la corte de Londres y de las persecuciones religiosas sufridas en su infancia. Propensa, además, a las reacciones histéricas, y débil de carácter, pero apasionada y con imprevistas explosiones de cólera, tenía muy poca salud y era probablemente estéril.

En aquellos años, Felipe vivía una intensa historia de amor. Cuando volvió de Augsburgo en 1551, eran frecuentes sus viajes a Toro desde Madrid, donde ya tenía instalada su residencia. Allí se había organizado una pequeña corte con su hermana doña Juana y su hijo don Carlos, y como dama de doña Juana se encontraba Isabel de Osorio. Era un tiempo de amores juveniles que se refleja en la correspondencia que Felipe mantenía con su cuñado Maximiliano en Viena. En esas cartas habla de la alegría del príncipe cuando coge el camino a Toro y de la mucha soledad –expresión propia de amantes– cuando dejaba Toro atrás para regresar a Madrid¹³.

Un matrimonio por razón de Estado

Pero la razón de Estado, muy bien expuesta por el emperador, acabó por vencerlo y puso de manifiesto una vez más su carácter dócil y su sometimiento a los deseos paternos. La vuelta al catolicismo de Inglaterra, la consecución de

¹³ Correspondencia estudiada por M. Fernández Álvarez, *Economía, Sociedad y Corona*, Madrid 1963, pp. 242 y ss.

un aliado contra Francia, el freno a la propagación de la herejía en los Países Bajos e incluso la eliminación de un posible apoyo a los protestantes alemanes fueron los razonables argumentos que llevaron a Felipe a tan desigual matrimonio en un momento de su vida en que pudo haber encontrado no sólo la mujer que más le hubiera apetecido entre todas las princesas de Europa, sino también, gracias a su físico y juventud, el amor de la que hubiese sido su esposa.

Mientras el embajador Simón Renard preparaba el terreno en Londres, María de Hungría, tía de Felipe y gobernadora de los Países Bajos, remataba la faena haciendo que los novios se intercambiasen retratos realizados por Antonio Moro y Tiziano. Las dos Marías eran primas carnales y entre ellas existía una relación de gran simpatía. María de Hungría no sólo envió aquel magnífico retrato sino también a su pintor de cámara, Antonio Moro¹⁴. Felipe estaba en manos de las hábiles manos femeninas de su tía para lograr la total entrega de Inglaterra.

Al contemplar la reina María la copia de la pintura con la efigie del príncipe español revestido de armadura, hoy en el Museo del Prado, se confió al embajador de Carlos V y le confesó que “veía muy bien el modelo, pero que aún vería con mejores ojos la imagen viva del mismo”. A los 37 años la triste solterona, envejecida y poco agraciada, se prendó del rubio y elegante joven plasmado en el lienzo por el pincel del gran pintor veneciano.

El retrato de la reina María por Antonio Moro no dejaba a Felipe hacerse ninguna ilusión. La mujer de la rosa roja tenía una expresión tímida que buscaba la aprobación de su prometido, para quien iba dirigido el retrato. Felipe tuvo que reprimir sus sentimientos tal y como lo cuenta su confidente y amigo Ruy Gómez de Silva en una carta al entonces secretario Eraso:

Para hablar verdad con vuestra merced, mucho Dios es menester para tragar este cáliz... y lo mejor de este negocio es que el Rey [Felipe es Rey de Nápoles por el nombramiento otorgado por su padre como regalo de bodas] lo ve y lo entiende que no por la carne se hizo esta casamiento, sino por el remedio deste Reino y conservación destes Estados...¹⁵.

¹⁴ M. Fernández Álvarez, “Felipe II: el Rey y el hombre...”, p. 24

¹⁵ M. Fernández Álvarez, “La mujer de la rosa roja”, en *Ateneo* 60, 15 de junio de 1954, p. 15.

Es comprensible que Felipe II pidiera desde Londres aquellos retratos mitológicos de Tiziano que le traerían recuerdos de su amada castellana, Isabel de Osorio.

Sin embargo, no todo fue un camino de rosas. En Inglaterra había una fuerte oposición a la boda, fomentada persistentemente por el embajador francés Noailles. Aunque los ingleses y los españoles habían sido aliados durante mucho tiempo, los primeros se negaban a dejarse arrastrar a las guerras de Carlos V. La mayor parte del Consejo Real estaba en contra y el 31 de octubre la Cámara de los Comunes suplicó a la reina que reconsiderase la idea de su unión con un extranjero. Pero, con una determinación muy típica de los Tudor, María no dio su brazo a torcer. El 16 de noviembre convocó en apresurada reunión a la Cámara de los Comunes y anunció su decisión.

El contrato de los esponsales, firmado en enero de 1554 a través de una embajada extraordinaria desplazada a Inglaterra, presidida por el conde de Egmont y formada por varios nobles flamencos e italianos, intentó mitigar los temores suscitados. Según ese contrato, Felipe compartiría responsabilidades y títulos con la reina, de conformidad con todas las leyes y costumbres inglesas; se comprometía a no violar ninguno de los derechos y libertades de sus nuevos súbditos; a no introducir en el país tropas extranjeras y a no involucrarlo en las guerras con otras potencias, además de no obligar a la soberana a salir del mismo. Si ella moría antes que él, renunciaría a todos sus derechos. El hijo de ambos, si lo tuvieran, heredaría el reino de Inglaterra, las provincias neerlandesas, las restantes posesiones de la casa de Borgoña y, en el caso de que falleciera sin sucesión el príncipe Carlos, hijo del primer matrimonio de Felipe, también todos los reinos hispánicos.

Una conspiración fallida

Frustrado por el éxito que Carlos V había logrado al concertar el matrimonio, Enrique II de Francia conspiró con los nobles ingleses descontentos y les envió dinero a través de Noailles. El mismo mes de enero, el obispo Stephen Gardiner, jefe del Consejo, dictó órdenes para arrestar a los jefes de la trama. La única facción de la conjura que perseveró hasta la etapa del alzamiento fue el movimiento conducido desde Kent por sir Thomas Wyatt. Los rebeldes marcharon sobre Londres, pero María se mantuvo firme y apeló directamente al

pueblo. Con su actitud, el levantamiento fracasó y Wyatt se rindió. No hubo clemencia alguna y fueron sentenciadas a muerte unas 50 personas, casi todas de origen humilde. A principios de marzo, una vez restaurada la tranquilidad en Inglaterra, llegó de Bruselas el conde de Egmont para ratificar el matrimonio en nombre del emperador y de Felipe. Ante éste y ante los nobles del Consejo, María renovó sus juramentos y puso en su dedo el anillo que le envió Carlos V. El 2 de abril el Parlamento aprobó la boda.

El casamiento por poderes se celebró en Londres y representó al novio el propio conde de Egmont, quien, según la norma y costumbre en aquellos casos, después de la firma del contrato de boda y de la ceremonia religiosa se tendió de manera simbólica en el tálamo nupcial, aunque convenientemente embutido de pies a cabeza en su impenetrable armadura y muy alejado de la dama. Parecía inminente el traslado del novio a Inglaterra para conocer personalmente a la reina y consumar el enlace, pero los hechos ocurridos en Portugal retrasaron el viaje. A principios de enero del mismo año de 1554, falleció el príncipe heredero de aquel país, cuñado de don Felipe; y la hermana de éste, la joven viuda doña Juana, dio a luz a Sebastián, un hijo póstumo. Tras el nacimiento decidió regresar a su país de origen dejando el niño recién nacido al cuidado de sus suegros, los reyes de Portugal, con quien ella no simpatizaba ni deseaba convivir.

Traslado de Felipe

Satisfecho por aquella decisión, Carlos V pensó entonces que Juana podría ocupar el lugar de Felipe en el Gobierno provisional de los reinos españoles, mientras su hermano estuviese en Inglaterra, y que además podría seguir velando por la vida, salud y educación de su sobrino, el pequeño príncipe Carlos, al que ella ya había cuidado en sus primeros años de vida. Felipe, de acuerdo con su padre, quiso dejar perfectamente segura y tranquila la situación en España antes de viajar a su nuevo destino. Así, después de realizar con toda la pompa y requisitos legales el traspaso de los poderes de regencia a su hermana recién llegada, se embarcó en La Coruña la tarde del día 13 de julio no sin antes recalar en Valladolid y en Santiago, ciudad en la que le esperaban los embajadores ingleses responsables de su persona.

Firmemente decidido a cumplir con su habitual corrección y elegancia las nuevas funciones de rey consorte y marido enamorado, decidió llevar una comitiva personal de entre 3.000 y 6.000 personas, sin incluir a los 6.000 soldados y marineros que escoltarían los barcos. Al parecer consideraba que este séquito era modesto, aunque sus más allegados le convencieron posteriormente de que aquello se parecía más a una fuerza invasora. La flota estaba formada por 70 grandes navíos y varias embarcaciones menores que conducían a los señores y a las damas principales de Castilla, así como una fuerza, ya reducida, de 4.000 hombres. Una escolta de 30 buques de guerra cubría la retaguardia. Fue un viaje desapacible y Felipe se puso enfermo a causa del mareo. Las naves fueron recibidas en la isla de Wright por barcos de guerra ingleses al mando de lord Howard de Effingham y por naves de los Países Bajos. Entraron en Southampton bajo un clima típicamente inglés de viento y lluvia la tarde del 20 de julio.

Tras tres días de paciente espera se oficializó el encuentro en el palacio de Winchester, pueblo cercano donde le esperaba la reina. Aleccionado por el cuadro de Antonio Moro, la impresión que la reina causó en Felipe no fue tan impactante como había sucedido en la parte contraria. Se sabe que la primera conversación de la pareja se produjo simultáneamente en francés y castellano. En la noche del martes 24, él y María recibieron la visita especial del enviado personal de Carlos V, Juan de Figueroa, quien a modo de regalo de bodas llevó al esposo su investidura formal como rey de Nápoles y duque de Milán, reinos de los que había abdicado su padre. La pareja real convino en que aquellos títulos debían serles conferidos de manera pública y formal inmediatamente antes de la ceremonia de boda, prevista en la catedral de Winchester para el día siguiente. Felipe era ahora rey por derecho propio y podía casarse con María en términos de igualdad.

Vida en Inglaterra

Desde el principio, y teniendo presentes los apremiantes consejos de su padre, Felipe se esforzó en causar buena impresión a los ingleses. Dio instrucciones a su séquito de “governar y acomodar a las costumbres de los naturales, las cuales todos havemos de tener por propias”. Aunque también estaba al corriente del reciente levantamiento y de la general falta de seguridad en Inglaterra, recortó el tamaño de su escolta española e incorporó algunos nobles ingleses a su

comitiva. Una semana después de la boda, los regios esposos abandonaron Winchester, se dirigieron a Windsor y desde allí fueron a Richmond y posteriormente a Londres, ciudad en la que los incidentes callejeros eran frecuentes y los españoles fueron a menudo atacados y robados. Cuando los nobles se quejaron, se les dijo “que conviene al servicio de S.M. que se disimule todo esto”, lo que dio lugar a una persistente tensión y hostilidad.

En los meses posteriores a la boda, Felipe se abstuvo escrupulosamente de interferir en los asuntos internos de Inglaterra y se dedicó de lleno a la política de España, Italia y América. Durante lo que restaba del año 1554 y toda la primera mitad del siguiente el novel matrimonio vivió junto y en paz, pero con una doble preocupación: por una parte, la espera del heredero, que no llegaba nunca a pesar de señales tan claras como el abultamiento del vientre que ella atribuía a un embarazo, pero que a la postre resultó ser producto de una hidropesía muy localizada, tal vez de origen nervioso; y, por otra, el deseo de que toda Inglaterra volviese oficialmente a la religión católica tras el proceso, encarcelamiento o exterminio en la hoguera de muchos anglicanos de la oposición.

Partida de Felipe y muerte de la reina

La tarea se resolvió con éxito y, una vez puesto en conocimiento de ello el Papa Julio III y seguro con el tiempo de que ya no podía esperar ningún hijo de su madura y achacosa esposa, Felipe decidió irse de la isla, tal como habían hecho muchos de los miembros de su séquito personal con una u otra excusa, disgustados por los modos ingleses. Así, aprovechando una llamada de su padre desde Bruselas, el 29 de agosto de aquel año 1555 se despidió de la reina en Greenwich y seis días después tomaba felizmente un navío en Dover para desembarcar tras escasas horas de viaje en el puerto de Calais.

Su nueva vida comenzó realmente de forma oficial y solemne un mes y medio más tarde, cuando Carlos V decidió hacerle entrega de todo el patrimonio familiar. El 25 de octubre en la primera de sus solemnes abdicaciones, realizada en el gran salón del Palacio Real de Bruselas, le presentó ante los asistentes como nuevo “señor natural” de las 17 provincias neerlandesas y del Franco Condado, legado por parte de su abuela paterna, María de Borgoña. A partir de enero de 1556, recibida por Felipe la herencia de los reinos hispánicos en un acto similar

al anterior, el príncipe castellano, a los 28 años, ya estaba en posesión de todos los derechos y títulos que había tenido su padre, excepto el de poder aspirar al honor del imperio, reservado a su tío Fernando.

Durante aquellos años, la delicada salud de María Tudor no hizo más que empeorar, agravada por el estado de tristeza y melancolía en el que le había sumido la partida de su esposo. Por si fuera poco, los problemas políticos del país fueron tomando rápidamente el delicado cariz de un fin de régimen. Ausente Felipe, se hizo cargo del gobierno y el cardenal Pole de la restauración de la antigua iglesia. La amantísima reina enviaba constantes mensajes para instar a su esposo a que volviera y atendiera los asuntos. Necesitaba su apoyo, particularmente después de la muerte de su principal consejero, el obispo de Winchester, en noviembre de 1555. Felipe le respondió explicándole que los conflictos con Francia y con el Papa le retenían en los Países Bajos. Sin embargo, necesitado de ayuda militar y pecuniaria para la guerra contra Francia, embarcó el 18 de marzo de 1557 rumbo a Inglaterra.

Declarada oficialmente la contienda el 7 de junio, se llegó a un acuerdo sobre la ayuda militar que proporcionarían los ingleses y Felipe partió de nuevo la primera semana de julio. Esa fue la última vez que vio Inglaterra y a la reina, quien al quedarse de nuevo sola sufrió otra recaída en su estado. La victoria de su esposo en la batalla de San Quintín la llenó momentáneamente de satisfacción, pero la pérdida de Calais en enero de 1558, considerada como el último enclave del inmenso dominio que los monarcas ingleses habían poseído en Francia, junto con la noticia de la muerte del emperador el 21 de septiembre, provocaron en ella una gran pesadumbre.

Por si fuera poco, y en contra de su voluntad, el Consejo de Estado la presionó para que hiciese alguna declaración favorable a su hermanastra Isabel –hija de Ana Bolena, con la que jamás había mantenido una relación estrecha– con respecto a su sucesión a la Corona. En este sentido el peligro se llamaba María Estuardo, reina de Escocia, casada aquel mismo año con el futuro Francisco II de Francia. Tras aprobar a duras penas su propio testamento, María murió en la madrugada del 17 de noviembre. Enterrada junto a la magnífica capilla de Enrique VII en la abadía de Westminster, su muerte fue el último funeral regio celebrado en Inglaterra por el rito católico y con ella prescribieron automáticamente los poderes y la autoridad de Felipe en el país.

Isabel de Valois. La paz con Francia

La muerte de Carlos V y de la reina de Inglaterra, dos hechos tan importantes en la vida de Felipe y en toda la política internacional de aquel tiempo, obligó a retrasar la conferencia de Cateau-Cambresis, acordada por Enrique II de Francia y por el rey español para poner fin a las cruentas discusiones que los Valois y los Habsburgo habían mantenido en Europa tanto en las cancillerías como en los campos de batalla desde principios de siglo. Finalmente el 3 de febrero de 1559 pudieron reunirse los delegados de ambos monarcas, quienes llegaron a un acuerdo dos meses más tarde respecto de la mutua restitución de posesiones. También se acordó que “el rey de España hará alianza con Francia tomando como esposa a la hija mayor de dicho rey de Francia con una dote de trescientos mil escudos...”; al mismo tiempo que su aliado el duque de Saboya “tomará a la hermana del dicho rey de Francia con dote de doscientos mil escudos y el ducado de Berry, concedido a perpetuidad...”.

La esposa destinada en esta ocasión a Felipe era Isabel de Valois, hija de Enrique II y Catalina de Médicis, una jovencita de quien se había dicho unos meses antes que tal vez podría desposarse con el príncipe español don Carlos ¹⁶. Desconcertada seguramente por lo acordado en Cambresis, Isabel se encontró de pronto con que debía reunirse en seguida con el que antes había imaginado que sería su suegro. El 15 de junio llegaron a París el duque de Alba, Guillermo de Orange y Lamoral de Egmont en calidad de embajadores de paz y con la alhaja de obsequio que formalizaba la propuesta matrimonial. Siete días después en la catedral de Notre-Dame se celebró una suntuosa boda por poderes en la que el propio duque de Alba representó al rey. La corte vistió sus mejores galas para celebrar una fiesta que hacía subir al trono más alto de Europa a la más especial de sus princesas.

Durante los festejos organizados en la capital de Francia, el rey Enrique, que como en los buenos tiempos medievales quiso participar en un torneo de lanzas a caballo celebrado en el patio del palacio Des Tournelles, fue herido accidentalmente en un ojo por la lanza del conde de Montgomery y falleció a

¹⁶ Véase M. García Barranco, “Isabel de Valois (1546-1568): Reinterpretación del papel de una reina consorte en la Monarquía española”, en M^a V. López Cordón (coord.), *La Reina Isabel y las Reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica*, Madrid 2005, pp. 397-410.

consecuencia de la lesión. Pese a la delicada situación en la que quedaba entonces el país, Felipe decidió de momento volver a su Castilla natal un mes después de los funerales por su suegro, que hizo solemnizar en la iglesia de San Miguel de Bruselas. Antes de embarcarse celebró capítulo general de la Orden del Toisón de Oro y entregó la responsabilidad del gobierno de los Países Bajos a su hermana mayor, Margarita de Parma, hija natural y reconocida de Carlos V. En septiembre estaba ya en Valladolid, donde pudo reunirse después de una separación de cinco años con su hijo don Carlos y con su hermana doña Juana, quien le hizo entrega del gobierno del reino. Sin perder tiempo, Felipe se centró en primer lugar en la rápida resolución de los graves asuntos religiosos que atenazaban al país y en segundo lugar en la búsqueda del dinero necesario para proseguir en Europa la ambiciosa política de su padre.

Llegada de la nueva consorte a España

A mediados de diciembre, Isabel de Valois llegó a la frontera española y se detuvo algunos días en Pamplona. Después pasó a Castilla y el 28 de enero de 1560 estaba ya en Guadalajara, donde la princesa Juana le organizó una alegre recepción acorde por lo demás a todas las fiestas y regocijos con los que había sido obsequiada en muchos de los puntos del tránsito de su viaje hacia España. Como había hecho antes con María, Felipe, quien había llegado dos días después procedente de Toledo, “disfrazado, anduvo rondando por ahí todo el día, entre la multitud, para presenciar la recepción”¹⁷.

El matrimonio con el rey de España se formalizó la mañana del 31 de enero de aquel año en el palacio de los duques del Infantado y fue oficializado por el cardenal de Burgos, Francisco de Mendoza. La novia tenía casi 14 años, una tez morena de italiana, ojos brillantes y una larga cabellera negra. Era atractiva, pero “no muy bella”, según la opinión del embajador veneciano. Tal juicio lo confirma el excelente retrato que en el mismo año le hizo Sánchez Coello. Para la boda vistió un traje plateado bordado con perlas y piedras preciosas y un magnífico collar de diamantes, mientras que Felipe se presentó ataviado con un jubón blanco y una capa escarlata. Tras el banquete y el baile, al día siguiente hubo

¹⁷ H. Kamen, *Felipe de España*, Madrid 1997, p. 92.

corridas de toros, justas y la inevitable partida de caza. Pese a cuanto se ha escrito al respecto, debido a la juventud de la novia, es probable que el matrimonio fuese consumado físicamente poco después.

Durante el carnaval, en febrero, la pareja real se trasladó a Toledo, donde entró el día 12. En el Alcázar, la nueva reina recibió los parabienes de los tres jóvenes galanes de la corte: don Carlos, don Juan de Austria y Alejandro Farnesio. Las celebraciones colmaron el gusto de Felipe por los bailes y las fiestas, que se sucedieron durante varios días. Al margen de breves ausencias, o de la visita que ambos realizaron a Aranjuez en mayo de 1560, hicieron de Toledo su hogar.

A pesar de su feliz matrimonio, y al igual que en ocasiones anteriores, Felipe continuó dirigiendo sus energías sexuales a otros objetivos. Desde 1559 fue su amante Eufrosia de Guzmán, dama de compañía de su hermana Juana. En 1564, al quedar embarazada, Felipe la casó con un noble de la corte, el príncipe de Ascoli¹⁸. Es posible que frecuentase a otras mujeres, pero la ausencia de una documentación fidedigna al respecto no certifica el hecho y gradualmente se acostumbró a la idea de la fidelidad. En mayo de 1561 hizo efectivo su deseo de traslado a Madrid, ciudad que desde aquel momento quedó convertida en Villa y Corte de la Monarquía¹⁹. Por la misma época tuvo su inicio la realización de una de las ideas arquitectónicas con la que más se ha identificado al personaje y a la época: la construcción de El Escorial.

El adiós de una joven reina

Aunque Isabel de Valois ciertamente se resentía de las infidelidades del matrimonio, su vida de familia parece que fue tranquila. Durante los años que permaneció junto a su esposo hasta su muerte, la corte, conocida como la más severa de Europa, alcanzó en contrapartida su mayor esplendor y llegó a ser la mujer más importante en la vida de Felipe. Una dama de compañía informaba a Catalina de Médicis que las menstruaciones de la reina habían empezado en agosto de 1561, y que el rey dormía habitualmente con ella. Parecía que Felipe se había acostumbrado gradualmente a la idea de fidelidad. Ruy Gómez

¹⁸ Informe de Soranzano en Alberi, ser. I, vol. 5, p. 114.

¹⁹ H. Kamen, *Felipe de España...*, p. 94.

indicaba al embajador francés, en octubre de 1564, que los amores del rey “casi han cesado, de modo que todo va tan bien que no se puede desear más”²⁰. A partir de estos meses los placeres familiares pasaron a un segundo término en favor de los asuntos del día que en todas partes acaparaban la atención de Felipe. En el extranjero, los problemas más importantes eran cuatro: los Países Bajos, Francia, Trento y los turcos. Con el permiso del rey y acompañada del duque de Alba, Isabel abandonó Madrid el 8 de abril de 1565 para ir a encontrarse en tierras francesas, pero casi en la misma frontera (Bayona), con su madre y su hermano, nuevo rey de Francia con el nombre de Carlos IX, después del fallecimiento del primogénito, Francisco II. El viaje no tenía únicamente la finalidad sentimental de reunir a una familia bien avenida, sino el objetivo práctico de unificar la actitud de las autoridades católicas (francesas y españolas) frente al gran problema del protestantismo europeo.

Isabel nunca acabó de recuperarse completamente del parto de su segunda hija, Catalina, ocurrido en octubre de 1567, poco más de un año después de la llegada de Isabel Clara Eugenia. Ambos nacimientos no permitieron al rey tener el ansiado varón con el que desheredar al primogénito don Carlos, cuya conducta irregular, crecientes locuras y odios hacia su padre eran cada vez más acentuados. Quedó embarazada de nuevo, pero cayó enferma. A mediados de septiembre empezó a padecer fiebres y desmayos. Felipe estuvo al lado de su lecho en el momento de su muerte el 3 de octubre de 1568, tres meses después de la de don Carlos. Tenía sólo 22 años y en torno a madrastra e hijastro la historia ha tejido la leyenda de un amor incestuoso y adúltero.

Felipe informó de que había fallecido “haviendo abortado hora y media antes una niña de quatro o cinco meses, que recibió agua de bautismo, y se fue al cielo juntamente con su madre”. Su dolor fue profundo,

habiéndome sobrevenido esta tan gran pérdida tras la del Príncipe mi hijo. Pero en fin me conformo quanto más puedo con la voluntad divina que lo dispone todo como le plaze.

No pasó mucho tiempo antes de que se prometiera de nuevo con la que sería su cuarta esposa. No tenía hijo alguno que pudiera sucederle y a los 42 años consideraba aún válida su candidatura para intentarlo.

²⁰ A. González de Amezúa, *Isabel de Valois, reina de España (1546-1568)*, 3 vols., Madrid 1949, II, pp. i, 43, 57.

Ana de Austria. La continuidad dinástica

Decidida, pues, una nueva boda, el primer pensamiento del monarca se centró en una mujer de la propia familia Habsburgo: su sobrina la archiduquesa Ana, veintidós años menor y nacida en España en 1549 cuando sus jóvenes padres Maximiliano y María gobernaban los reinos hispánicos en nombre del emperador Carlos V –abuelo de la niña– y también en ausencia del futuro Felipe II, que entonces, ya viudo de su primera esposa, recorría por obligación países como Alemania y Flandes. No tenía todavía dos años la rubia princesita cuando su tío, con veinticuatro años, la vio por primera vez. ¡Quién hubiese dicho que en un futuro se convertiría en su última esposa y que iba a precederle mucho tiempo en el sepelio de El Escorial!

Destinada en principio a esposa de don Carlos, y casi prometida posteriormente a Carlos IX, la muerte de Isabel de Valois permitió a la joven muchacha cambiar su odiado destino de París por Madrid²¹. Pese a que su todavía suegra, Catalina de Médicis, se apresuró a ofrecerle la mano de su hija menor, Margot, Felipe escogió a Ana “por la conservación de la sangre de Austria en su línea recta y amistad con los alemanes, importante para Italia y Flandes”. Así, fracasado el intento de alianza anglo-española y malogrado también en gran parte el objetivo de una lucha común hispano-francesa contra la herejía, Felipe volvió los ojos a la amistad alemana tratando de buscar un apoyo para la potencia española en su política europea, especialmente para defensa y comunicación de las posesiones flamencas e italianas.

La ansiada felicidad monárquica

Puestos finalmente de acuerdo el real novio y el delegado del emperador y conseguidas las dispensas pontificias a cambio de promesas políticas y militares que interesaban mucho a Pío V, la boda se celebró por poderes en Praga el día 4

²¹ B. María Lindorfer, “Ana de Austria. La novia de un hijo y la esposa de un padre”, en M^a V. López Cerdón (coord.), *La Reina Isabel y las Reinas de España...*, pp. 411-426, p. 416.

de mayo de 1570²². Se había planeado que la nueva reina viajase a la Península vía Génova, pero las maniobras navales turcas obligaron a cambiar los proyectos. Los arreglos finales, dispuestos por Felipe en el transcurso de su visita a Andalucía durante la primera mitad de 1570, suponían que Ana acompañase a su padre a Espira, lugar de reunión de la Dieta imperial, y que viajara luego desde aquí a los Países Bajos, donde el duque de Alba determinaría su ruta marítima a la costa cantábrica. Debía desembarcar en Laredo, pero el mal tiempo hizo que los barcos atracaran en Santander el 3 de octubre²³. Llegó acompañada de sus hermanos menores, Alberto y Wenzel. La aguardaba una enorme comitiva de bienvenida integrada por 2.000 personas, y entre ellas había un grupo musical que la escoltó el resto del viaje para distraerla.

Después de un descanso de diez días en Santander, la comitiva de Ana tomó el camino de Burgos, donde se le dio una suntuosa recepción, y luego salió camino de Valladolid hasta alcanzar Segovia. Llegó allí el 12 de noviembre y fue recibida con gran pompa en el Alcázar, especialmente engalanado para la ocasión. El rey retrasó su propia entrada hasta esa misma tarde. Dos días después, el 14, se celebró la boda formalmente para mayor gloria de la dinastía y para constituir, según palabras del legado pontificio en aquella ocasión, una garantía de futuro feliz para la cristiandad, amenazada entonces no sólo por las huestes de Lutero y Calvino, sino también por la presencia de los turcos otomanos en el mar Mediterráneo. Pese al mal tiempo, la pareja real logró llegar a Valsaín. Algunos días después partieron para visitar San Lorenzo y El Pardo. El 23 hicieron su entrada oficial en Madrid, donde los fuegos artificiales, los arcos triunfales, las fuentes y la música sobrepasaron en mucho la magnificencia de la recepción en Segovia²⁴.

Felipe estaba encantado con su nueva esposa y se enamoró perdidamente de ella. Menuda y elegante, de un cutis impresionantemente blanco, ojos de un azul profundo y flotante cabellera rubia, no podía ser más distinta de Isabel de Valois. Quedó embarazada en la primavera. El 4 de diciembre de 1571 nació su primer hijo, Fernando. El trono tenía al fin un heredero varón, acontecimiento

²² Véase L. Pérez Bueno, “Del casamiento de Felipe II con su sobrina Ana de Austria”, en *Hispania* (Madrid julio-septiembre 1947), pp. 372-416.

²³ *Ibidem*, p. 376.

²⁴ S. Nadal, *Las cuatro mujeres de Felipe II...*, p. 232, Califica a esta unión de matrimonio burgués de los dos soberanos más poderosos del mundo.

que fue celebrado con gran júbilo, y por supuesto como era costumbre contó la nueva reina con su propia Casa constituida en virtud de las ordenanzas de 1575²⁵. Más tarde, Tiziano pintó un lienzo triunfal que combinaba el tema del nacimiento con la otra gran noticia, que se conoció un mes después, la de la victoria naval de Lepanto. Al mismo tiempo recibieron nuevas sobre la llegada de las flotas en buen estado, cargadas de riquezas, de Nueva España y Perú. En verdad, comentaría el biógrafo del rey, el año 1571 fue de felicidad para la Monarquía.

Soledad de un monarca

Sin embargo, pronto se frustraron las esperanzas de sus padres: antes de cumplir los siete años, el 18 de octubre de 1578, fallecía el joven príncipe. En el intermedio de las fechas de su nacimiento y muerte habían venido al mundo otros dos hijos: Carlos Lorenzo y Diego. Nacido en abril de 1578, el infante, después príncipe de Asturias y futuro Felipe III, fue el cuarto de los hijos del regio matrimonio.

En el verano de 1580, una epidemia de gripe arrasaba casi toda la Península. La reina Ana, en avanzado estado de gestación de la infanta María cuando sobrevino la epidemia, padeció fiebre durante varios días y tuvieron que sangrarla. Poco después, la madrugada del 26, a la edad de 31 años, moría víctima de la epidemia. Felipe quedó destrozado. Le había profesado un gran amor y la pérdida lo marcó para siempre y decidió en aquel mismo instante no volverse jamás a casar. Sin embargo, la muerte del príncipe Diego (1582), sumada a la de su hermano Carlos Lorenzo (1575), obligó al rey a reconsiderar la idea, a fin de garantizar la sucesión masculina. No había seguridad de que Felipe, único heredero varón que le quedaba, fuera a sobrevivir.

Pero la avanzada edad, su mala salud y su pesada agenda de trabajo no le hacían grata la perspectiva. Se le sugirieron varias candidatas y hubo algunos tratos. Por una u otra razón ninguna de las propuestas se consolidó, fracasando su último intento matrimonial con la archiduquesa Margarita, hermana de Ana de

²⁵ Véase J. Martínez Millán, “La corte de Felipe II. La Casa de la reina Ana”, en L.A. Ribot (coord.), *La Monarquía de Felipe II a debate*, Madrid 2000, pp. 159-184, en especial p. 166.

Austria y, por tanto, cuñada a la par que sobrina. De acuerdo, pues, con su preferencia, el rey permaneció solo y aquella viudez definitiva duró 18 años más. Fallecido el 13 de septiembre de 1598, su hija Isabel Clara Eugenia se convirtió en aquellos últimos años en la mujer que más apoyo y compañía le brindó.

Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela. El apoyo de la vejez

Las dos hijas de Isabel de Valois, Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, fueron sin duda sus amores de la vejez, y en la correspondencia mantenida se aprecia muy bien que se acabaron convirtiendo en sus principales confidentes. Esta delicada relación se ha puesto de manifiesto en la intensa correspondencia que mantuvieron el monarca y sus hijas entre 1581 y 1583 y entre 1585 y 1596²⁶. Un total de ciento treinta y tres cartas que reflejan una relación familiar y afectiva que nos sitúa ante un hombre apesadumbrado por el peso de los años, pero que mantiene en todo momento la distancia con los asuntos de Estado, pero que a través de los minuciosos detalles en ellas recogidos, el rey hace partícipes a sus hijas de su intimidad, convirtiendo ante nuestros ojos al rey en un hombre. Felipe II aparece como un hombre hogareño e incluso ha sido calificado por algunos como un “padrazo”²⁷. La relación de Felipe con su hija Isabel es descrita como si fuera una familia burguesa:

...en cuya cámara frecuentemente despachaba el padre su correo en presencia de la reina Ana, que vertía polvos de salvadera sobre los pliegos ya terminados y los entregaba a sus hijastras, sentadas a los pies del bufete, para que éstas los llevaran de puntillas, extendidas sobre las palmas de las manecitas, hasta la puerta de la estancia donde los recibía Sebastián de Santoyo²⁸.

²⁶ Recogidas y publicadas por primera vez por P. Gachard, *Lettres de Philippe II a ses filles les Infantes Isabelle et Catherine écrites pendant son voyage en Portugal 1581-1583*, París 1884; estas cartas se encontraban en el Archivo di Stato de Turín. E. Spivakovsky recogió las otras cartas en su obra *Epistolario familiar. Cartas a su hija la infanta doña Catalina (1585-1596)*, Madrid 1975.

²⁷ F. de los Llanos y Torriglia, *La vida hogareña a través de los siglos. Las casas del Rey Prudente*, Madrid 1947, es un ejemplo elocuente de esta postura.

²⁸ F. de los Llanos y Torriglia, *Desde la Cruz al Cielo. Vida y muerte de Isabel Clara Eugenia*, Madrid 1933 (reeditada en 1944 bajo el título *La novia de Europa*), pp. 3-31.

Felipe II estableció una relación con la corte familiar, al menos después de la muerte de Isabel de Valois muy especial, lo que Kantorowicz llamo *geminatio regia* entre lo público y lo privado. Los pocos documentos verdaderamente privados que salieron del rey, estas cartas familiares están cuajadas de reflexiones políticas que comparte con sus hijas²⁹.

Felipe confesaba a sus hijas, con discreción pero con sinceridad, sus inquietudes más profundas y sus gustos siempre sometidos a las exigencias del protocolo. Así, en la carta que el rey escribía a sus hijas desde Lisboa el 3 de abril de 1581, con ocasión de la coronación como rey de Portugal, confesaba:

Creo que se comenzarán pronto las Cortes y primero el juramento, porque ya viene mucha gente... Y ya habréis sabido cómo me quieren vestir de brocado muy contra mi voluntad, mas dicen que es la costumbre de acá³⁰.

Felipe, que en aquellos años gustaba de la sobriedad del negro, confesaba con resignación las obligaciones del cargo.

La posibilidad de contar con la correspondencia privada es fruto de la meticulosidad de Catalina Micaela que conservó las cartas hológrafas de su padre³¹ y se las llevó en su viaje al Piamonte en 1585, junto con las que le remitió hasta 1596, pero no conocemos las respuestas de las infantas a su padre, pues al ser privadas serían destruidas cuando se consideraran “viejas”³². De esta forma sólo el destino quiso que este aspecto de su personalidad se conociera, pues por voluntad del rey estas cartas estaban fuera de los límites de lo que debía recordarse para la “conservación de nuestros derechos y de nuestros reinos y vasallos”, no eran copiadas ni remitidas al archivo real en Simancas³³, eran cartas escritas de puño y letra del rey, íntegramente hológrafas.

²⁹ E.H. Kantorowicz, *The King's two bodies. A study in Medieval political theology*, Princeton 1970, p. 172.

³⁰ F. Bouza (ed.), *Cartas de Felipe II a sus hijas*, Madrid 1998, p. 43.

³¹ Felipe II tenía por costumbre realizar anotaciones marginales de su puño y letra en los documentos oficiales en los documentos originales de los expedientes, pero las cartas eran íntegramente autógrafas siguiendo la costumbre moderna de la época. *Ibidem*, p. 12.

³² *Ibidem*, Carta XXIII, Lisboa 30 de junio de 1582, pp. 82-83.

³³ AHN, Códices, 792 B. *Despacho sobre el recogimiento de los papeles tocantes a los patronazgos, corona y patrimonio real de Castilla*.

En las cartas describe a sus hijas sus itinerarios, habiéndose convertido en una de las fuentes más auténticas para conocerlos. Se describe así un ciclo anual, que narra en las cartas para de alguna forma aproximarse en la distancia a ellas. Por un lado, les describe las grandes jornadas motivadas por razones políticas –incorporación de Portugal, Cortes de Monzón, o de Tarazona, por ejemplo³⁴– y, por otro, los viajes menores o de recreo para visitar las numerosas casas que el rey tenía cerca de Madrid (El Pardo, Casa de Campo, San Jerónimo, Aranjuez, San Lorenzo, Vaciamadrid, El Bosque de Segovia, Aceca, etc.), que además constituían movimientos repetidamente circulares, pues en la mayor parte de las cartas o recordaba o anunciaba estancias próximas en dichas posesiones³⁵. Por un lado, muchos de estos lugares eran sólo de paso hacia otros más distantes, pero además se aprecia en las cartas su cuidada asistencia a lo largo del año a cada uno de ellos; así, Aranjuez es para la primavera, El Escorial para el verano, El Pardo para el otoño, etc., sin olvidar lo que Fray José de Sigüenza llamaba las “vacaciones santas” que pasaba en el monasterio de San Lorenzo (Navidad, Semana Santa, etc.).

La imagen que de Felipe II nos ofrecen las cartas es la de un padre que trataba de aprovechar el pequeño reposo de estos viajes para dedicar algún tiempo a su familia, sobre todo el tiempo que dedicaba a esta actividad epistolar. Es evidente también la diferencia en el tono de las cartas tras el matrimonio de Catalina Micaela con Carlos Manuel de Saboya, acaecido en Zaragoza en 1585. Hasta entonces todas las cartas estaban dirigidas a ambas infantas, a partir de entonces es la nueva duquesa de Saboya la única destinataria y el contenido deja de ser familiar para preocuparse especialmente por los asuntos de Estado, con especial preocupación por la “reputación” de los príncipes, y por su papel en las guerras europeas, en especial cuando Isabel Clara Eugenia, tras la muerte de Enrique III de Francia sin herederos, se ha convertido en heredera de los Valois y candidata al trono de Francia³⁶. Hay, sin embargo, una constante en la relación

³⁴ Véase J. Alenda y Mira, *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España I*, Madrid 1903, quien pone de manifiesto que Felipe II era más viajero de lo que tradicionalmente se manifiesta.

³⁵ BES, Cód. II.21. *De la embarcación de su Majestad con el Príncipe y las serenísimas Infantas sus hijos en Vaciamadrid para Aranjuez y Aceca*. Cf. F. Bouza (ed.), *Cartas de Felipe II...*, nota 31.

³⁶ Véase F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, México 1976.

con las infantas, Felipe es ya un hombre mayor, preocupado por la salud real, no sólo la de la Corona, sino también y especialmente por su cansado cuerpo acechado de enfermedades, torceduras, catarros, sin olvidar las tercianas y, por supuesto, la inefable gota filipina. Felipe abre su corazón y, por tanto, sus debilidades a aquellas que no estaban llamadas a sucederle y no al futuro Felipe III, quien sólo recibe las tradicionales *instrucciones*, propias de su rango de príncipe heredero.

El monarca se muestra como un hombre preocupado por la educación de sus hijos y nietos, su salud y hasta sus juegos, sus miedos o sus bromas, mostrándose alegre o preocupado según los casos. Sobre todo destacan, en un momento en que la corte es tan poco familiar, las muestras constantes de sentimientos con motivo de la presencia o ausencia de los hijos, y la nostalgia que la ausencia de Catalina Micaela le produce³⁷.

Las jóvenes infantas, contaban con quince y catorce años respectivamente cuando comenzamos a tener noticias de la especial relación con su padre en 1581, ocupaban entonces un lugar preponderante en la corte. Desde 1585, cuando Catalina convertida en duquesa de Saboya abandona España, es Isabel, la mayor, la que permanecerá con su padre hasta el día de su muerte, estableciéndose una relación diferente entre ambas infantas y el rey, más política con Catalina, más familiar con Isabel.

Aún debió conocer el anciano rey la muerte de su querida Catalina un año antes de la suya propia, y como no, contó una vez más con el consuelo de aquella que estaría llamada a convertirse en gobernadora de los Países Bajos junto con su esposo el archiduque Alberto. La relación entre el rey y sus hijas desmonta la Leyenda Negra de un monarca cruel y, como afirma Gregorio Marañón, “sirvió para ennoblecer la memoria del Rey”³⁸. Felipe II no quiso dejar recuerdo de las cartas que recibía de las infantas, y ordenó quemarlas todas antes de morir, y es que esas cartas no tenían como finalidad construir historia, sino ser destruidas después de leerlas³⁹, por eso son la mejor prueba de

³⁷ Así lo pone de manifiesto otra correspondencia, la de la dama de la corte Ana de Dietrichstein. Véase V. de Cruz Medina, “«Y porque sale la Reyna a senar acabo, que es mi semana de serbir». La vida en palacio de la reina Ana, las infantas Clara Eugenia y Catalina Micaela en las cartas de Ana de Dietrichstein”, en M^a V. López Cordón (coord.), *La Reina Isabel y las Reinas de España...*, pp. 427-446.

³⁸ G. Marañón, *Antonio Pérez, el hombre, el drama, la época*, Madrid 1954, p. 326.

³⁹ F. Bouza (ed.), *Cartas de Felipe II...*, p. 25.

la realidad del rey Felipe y de cómo hasta el final sus “mujeres” de la corte influyeron en sus decisiones, o al menos le permitieron sobrellevar la pesada carga del gobierno de un imperio y de la edad.

Otras muchas mujeres influyeron en la vida del rey Felipe, muchas de sus amantes, la princesa Juana de Austria, su tía, que gobernó como regente en Castilla durante aquellos tiempos de juventud que estuvo ausente, y de la que se afirma que su belleza era capaz de ocultar al resto de la corte, y quien hacía de anfitriona de sus mujeres al llegar a España, convirtiéndose en un apoyo fundamental de Isabel de Valois criando a sus pequeñas sobrinas⁴⁰. Y sin olvidar a su aya, la noble portuguesa doña Leonor Mascareñas, quien fue dama de la emperatriz Isabel, quien no sólo actuó como aya del rey Felipe sino también del príncipe don Carlos⁴¹. Felipe II, en suma, fue además de rey, hombre y como tal estuvo influido por su entorno, un entorno familiar y cortesano, por suerte para España, femenino.

⁴⁰ J. Martínez Millán, “Familia real y grupos políticos. La princesa Doña Juana de Austria (1535-1573)”, en *La Corte de Felipe II*, Madrid 1999, pp. 73-105.

⁴¹ Véase C.E. Mascareñas, “Sobre Doña Leonor Mascareñas, aya de Don Felipe II y del príncipe Don Carlos”, en *Hispania*, (Madrid enero-marzo 1947), pp. 3-23.